



la Seguridad 17-07-1998 Pág. 8

AAE 1292

La desaparición de Federico Gana



Escribe
Jorge Edwards

Germán Marín me llama por teléfono para contarme que Federico Gana ha desaparecido de los programas escolares chilenos. En otras palabras, el nombre de Federico Gana ha sido eliminado del repertorio de autores y obras literarias que se sugiere leer a los estudiantes de nuestra educación media. Su lectura ya no forma parte de "los objetivos fundamentales y los contenidos mínimos obligatorios" de dicha educación. En compensación, como desquite, en homenaje solitario, he leído *La señora*, una de las pequeñas y escasas joyas de nuestra literatura, recién editada en ediciones Lom; he leído después *La Maleta*, y también he descubierto por ahí la divertida y cariñosa semblanza que publicó González Vera en *Algunos*. En seguida he practicado una breve encuesta con un grupo de escritores jóvenes y he podido comprobar dos cosas: ninguno había leído *La señora* y casi ninguno había escuchado hablar siquiera de Federico Gana.

En otras palabras, la nada, la amnesia absoluta, la selva. Sin memoria, ¿podemos tener ciudades, lenguaje, sabiduría, presencia en el mundo? No voy a mencionar algunos de los nombres que han reemplazado a Gana. No se trata de entrar en descalificaciones. Las listas que me han leído por teléfono, y consiste que figuro en buen lugar y que no respiro por ninguna herida, me han dado la impresión de una curiosa y más o menos incoherente ensalada. Balzac, por ejemplo, figura cerca de Conan Doyle y de una joven escritora italiana que se llama Susana Tamaro. ¿Por qué la joven Tamaro y no Lampedusa o Leonardo Sciascia? ¡Vaya uso a saber!

En cualquier caso, confieso que me comovió la desaparición de Federico Gana de nuestros planes de enseñanza y me propongo entregar algunos elementos de información para las nuevas generaciones. Resulta que los jóvenes se interesan mucho cuando uno les habla de cosas viejas, que ellos no han conocido, y esto, junto con revelar una debilidad de nuestra cultura, demuestra también que existe una curiosidad e incluso una necesidad saludable de conocimiento. En primer lugar, quiero decir que *La señora*, un cuento de no más de diez páginas, es una obra maestra por su lenguaje, por su composición, por su penetración humana. Es un texto sobre la generosidad, sobre la nobleza íntima de un campesino en apariencia tosco, ignorante. Además, es un texto que sugiere una larga historia y en el que muchas cosas quedan fuera del relato. Tiene profundidad auténtica, cosa muy rara. ¡Espero que no lo hayan suprimido precisamente por eso!

En los comienzos de la televisión universitaria, Álvaro Bimster, entonces secretario general de la Universidad de Chile, me pidió que hiciera un programa sobre el autor de *La señora*, de *La Maleta*, de *Paulita*. Estudié tanto el asunto que terminé por escribir un cuento sobre la muerte de Federico Gana, "El último día". Entiendo que los fabricantes de Repertorios llaman a esto intertextualidad. La palabra es fea, pero no tengo nada contra el concepto en sí mismo.

Federico Gana nació en 1867. Era hijo de un agricultor más bien rico de Linares. Se educó en Linares y en Santiago y fue secretario de la Embajada de Chile en Londres hasta poco después de la caída de Balmaceda. Todos los testimonios coinciden en que era entonces un joven elegante, buesmo, de gran éxito mundano. A la vez, era un apasionado lector de Balzac y de Flaubert y se preocupó de dar a conocer en Chile la obra de Iván Turgueniev. Cuentan que al saber de su destitución viajó a Holanda para despedirse de una hermosa princesa alemana. Bebió cantidades asombrosas de ajeno, perdió la memoria y la princesa lo subió a un barco y le encargó al capitán que lo describiera en Valparaíso. En Chile se fue a refugiarse al fundo de su padre y se dedicó a escribir sus cuentos y sus "manchas de color". Era un interesante crítico de pintura y fue retratado por Valenzuela Puelma, por Juan Francisco González, por Lynch. Parece que desaparecieron todos aquellos retratos, pero algún historiador de la pintura podría rectificarlo. Se sabe que el de Valenzuela Puelma, una cabeza pintada al óleo, fue adquirido por Alberto Ried en un momento en que Federico Gana, arruinado, necesitaba unos pocos pesos. Gana, antes de perderse él mismo en las famosas listas, tenía una tendencia a perderlo todo. Escribió una primera versión de *La señora* y olvidó el manuscrito en un cajón de la casa del fundo. Lo encontró un par de años después y lo terminó de escribir. La iniciativa de recoger sus cuentos en un libro, *Días de campo*, de 1916, fue de Pedro Prado y de sus amigos del grupo de *Los Diez*. Gana era un lector abisorto y distraído, que un día incendió unas cortinas de la casa de su suegro y estuvo a punto de incendiar la casa entera con un cigarrillo. En sus años finales abandonó dicho caserón, donde vivía con su mujer y sus hijos, y se instaló en un departamentucho de la calle San Francisco abajo. Sus parientes lo acusaban de no trabajar, de ser un perfecto inútil, y él amenazaba con ponerlos en una novela de la que habló siempre y que no escribió nunca, *La Palanca*. Me pregunto si existirán borradores de *La Palanca* o si debe ingresar a la serie, abundante en Chile, de las ficciones puramente ficticias, como una novela que escribía el poeta Eduardo Molina y que transcurría, nadie supo nunca por qué, en Suecia, o como una obra de teatro monumental y también inexistente de Fernando Undurraga, *Melón*. Pero Federico Gana, mientras postergaba *La Palanca* y amenazaba con ella, terminaba numerosos cuentos, apuntes, poemas en prosa, "siluetas de artistas". Es un método de escritura como cualquier otro: arrancar riquezas menores de un filón más amplio.

González Vera escribe que al final de su vida parecía un Quijote famélico y más bien raído. Vendía todo lo que encontraba a mano para salir a beber con sus amigos en tugurios. Pero conservaba su gran capacidad de lectura y su garra literaria. "Todo lo que me ha ocurrido en la vida — le dijo un día a su mujer — se debe a que fui escritor". La frase es impresionante y patética, pero a mi juicio quedó trunca. Federico Gana habría tenido que decir, en rigor, lo siguiente: "Todo lo que me ha ocurrido y lo que seguirá ocurriendo con mi memoria se debe a que fui escritor chileno".

La desaparición de Federico Gana [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La desaparición de Federico Gana [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile